

# Colección Ariel

N.º 15

## PRECIOS:

El número suelto . . . . . 10 cénts.  
La serie de seis números. . . 50 »  
La serie de doce números. . . 1 colón  
El abono se hace adelantado

## PUBLICACIÓN ECONÓMICA

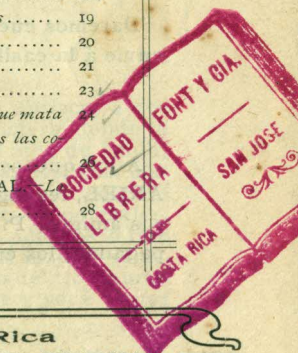
DE ESCOGIDA LITERATURA  
INTERNACIONAL, ANTIGUA Y MODERNA  
en folletos de 32 páginas  
CASILLA 533

Al servicio de las ideas y de los ideales modernos

*Diciembre*

## CONTENIDO

	Pág.
GRAZIA DELEDDA.— <i>Manzela</i> .....	1
EDGAR ALLAN POE.— <i>El Cuervo</i> .....	12 ✓
ALBERTO MASFERRER.— <i>Los jornaleros</i> .....	16
— <i>Mi bandera</i> .....	17 /
C. A. LAISANT.— <i>Recompensas y castigos</i> .....	19
— <i>Enseñanza de la historia</i> .....	20
— <i>Educación integral</i> .....	21
ANDRE LEFEBRE.— <i>Sacerdotes brujos</i> .....	23 ✓
BART KENNEDY.— <i>La superactividad que mata</i> .....	24
RUFINO BLANCO FOMBONA.— <i>Todas las colonizaciones son semejantes</i> .....	26
DOCUMENTOS DE LA PRENSA LOCAL.— <i>Lo que debe hacerse</i> .....	28



San José, Costa Rica  
IMPRESA DE AVELINO ALSINA  
1907

## PUBLICACIONES RECIBIDAS

*La Renovación*, revista de ciencias médico-naturales. Buenos Aires. Nos. 107 á 109, año VI.

*Las Dominicales*, semanario librepensador. Madrid. Nos. 341 y 342, año VIII.

*El Nuevo Tiempo Literario*, importante publicación semanal de Bogotá. Tomo V. Nos. 30 á 33.

*Guayaquil Artístico*. Guayaquil, Ecuador. Año VII, N<sup>o</sup> 138.

*Páginas Ilustradas*, San José de Costa Rica. Últimos números.

*Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura*, San José C. R., últimos números.

---

Daremos cuenta de toda publicación que se nos envíe á la casilla 533, San José C. R.

---

A los que se interesen por la prosperidad de ARIEL, les rogamos que lo den á conocer entre sus amigos. Pídanosen ejemplares para la propaganda; los enviaremos con gusto.

---

Contribuyó para este número de ARIEL, D. C., en el Naranjo, con ¢ 1-35.

# COLECCIÓN ARIEL

Nº 15

## / GRAZIA DELEDDA

*Grazia Deledda*, una de las mejores novelistas italianas, nació en Nuoro, pequeño pueblo de la provincia de Sassari, en Cerdeña. Pertenece, como se ve, á aquella parte de la Cerdeña que no ha sabido adaptarse á las exigencias de la civilización contemporánea; parte característica por los usos patriarcales y por los ricos vestidos que, en algún detalle, dejan sentir el gusto catalán (1). Ha escrito muchas novelas interesantes como *Cenizas*, *Elías Portolu*, *Nostalgias*, *Después del divorcio*, *La sombra del pasado*, *El viejo de la montaña*, *Cuentos sardos*, *Los juegos de la vida*, *Flor de Cerdeña*, *El camino del mal*, *El tesoro*, *Aimas honradas*, *La justicia*, *Las tentaciones*, *El huésped*, *La reina de las tinieblas etc. etc.* Lo que llama la atención en sus obras es la fidelidad con que reproduce las costumbres y las pasiones del enérgico pueblo sardo que tiene en ella á la mejor si no á la única escritora estudiosa de su psicología bastante complicada.

### ✓ Manzela

El tío Nannedu Fenu poseía un aprisco, á dos horas de Nuoro, en una bella pradera donde la hierba permanecía fresca hasta el mes de Junio; á un lado se elevaban los Tresnuraghes, tres macizos rocosos que databan sin duda de la edad de bronce y que con sus formas estrañas y colosales, recordaban una tumba bárbara. Cada dos ó tres días, su mujer y su hija la bella Manzela, se dirigían á pie desde Nuoro al aprisco del tío Nannedu, para pasar un día al aire libre y para llevar algunos víveres al viejo pastor.

(1) Es sabido que los catalanes dominaron comercialmente la Cerdeña, en la que hay algunas regiones como Alghero, endonde se habla un dialecto derivado del catalán.

Bustianeddu, el benjamín de la familia Tenu, alto como la mano, de tez bronceada, de cara graciosa y original, con los ojos tan abiertos que parecía iban á juntarse con las orejas, era el camarada ordinario de las dos mujeres. Todo el mundo lo llamaba Tilipirche. Montaba una yegua apenas más alta que él, una vieja yegua estéril, de pelo gris y ojos llenos de una profunda melancolía, cuyo papel en la casa Tenu era importantísimo.

El caso es que Telaporca, la yegua y Tilipirche, el pillete, pasaban casi todo el tiempo juntos. Al caer la tarde, al despuntar la aurora, se veía el pequeño pastor pasar montado sobre la yegua, á través del camino y de los desiertos prados que se estienden desde Nuoro hasta Tresnuraghes, ó por los senderos pedregosos y escarpados de los Marreri, adonde el tío Nannedu descendía con sus rebaños durante la estación fría.

Desde que Tilipirche alcanzó la edad de rendirle servicios, el tío Nannedu no se movía del aprisco: era el pequeño quien iba y venía, quien traía las provisiones de Nuoro y quien conducía al pueblo la leche y los quesos. La yegua que le servía de montura tenía una pequeña silla de cuero y de madera, y una mantilla tan gris y tan usada que se confundía con el pelo del animal. Tilipirche montaba á maravilla; á veces atravesaba los senderos bordeados de encinas y de lentiscos á ojo cerrado. Otras veces el pequeño cargaba su compañera de ramas de enebro ó de raíces de lentisco, y cuando era necesario traía á la casa cinco ó seis escobas de timó que regaban su perfume tras los pasos lentos y candenciosos de la estraña cabalgadura.

Cada dos ó tres días, ó por lo menos una vez por semana, la tía Ventura y la bella Manzela se dirigían al aprisco para respirar el aire libre y para ver á Nannedu, quien envejeciendo se convertía en un verdadero jabalí.

Nunca olvidaban sus menesteres de costura, ó alguna ropa para lavarla en el arroyo que atravesaba el prado, formando acá y acullá unas peque-

ñas enseñadas, rodeadas de juncos y de mentas salvajes. Ultimamente, la tía Ventura había tomado posesión de un pequeño rincón de tierra siempre húmeda, donde ella había plantado una gran cantidad de papas, de tomates y de frijoles, que cultivaba con un celo apasionado.

A veces las dos mujeres pasaban la noche en el aprisco; desde que la tía Ventura se había consagrado al cultivo no podía separarse de su jardín, y se enfermaba cuando había dejado pasar varios días sin verlo. Manzela se irritaba y gritaba, diciendo que la pasión de su madre le impedía hacer otra cosa; pero la buena tía la dejaba gritar, y se iba allá arriba á su jardín que prosperaba. La muchacha un día amenazó de arrancarlo todo: entonces la tía Ventura fué á buscar á Pedru Chessa, otro pastor que llevaba á pacer sus rebaños al mismo prado que Nannedu y que durante la noche dormía en la misma cabaña, y le rogó vigilara á Manzela mientras ella estuviera ausente.

—Por qué no se dirige Ud. á su marido? le preguntó Pedru Chessa.

—El? Si él hace lo que quieren los niños; si viese á Manzela destruyendo mi jardín se pondría á reír.

—Bien, estaré atento. Y si la veo en el jardín qué debo hacer?

—Puedes darle su merecido, pero pon cuidado que Nannedu no te vea.

\* \* \*

Una mañana de mayo, Bustianeddu y Manzela trotaban alegremente hacia el aprisco. Trotaban... es una manera de decir, pues solo Bustianeddu montaba la yegua. El rapaz no tenía ningún instinto caballeresco y no cedía jamás su lugar, ni aún á las mujeres. Pero Manzela iba más ligero que Telaporca y era capaz de atravesar la Cerdeña á pie.

Sobre la blanca ruta, en medio de las verdes y frescas praderas llenas de margaritas y de cam-

pánulas salvajes, bajo el ardiente sol, los dos pequeños sardos caminaban, rientes y decidores.

Manzela se había descalzado, y hundía sus pies alegremente en la húmeda tierra, dejando escapar una imprecación de tiempo en tiempo, cuando las espinas de un cardo oculto bajo el heno, le pinchaban las piernas.

Nada más gracioso que ver á Manzela cuando se enojaba é invocaba todos los diablos del infierno, ó cuando hacía una mueca de cólera. Era una verdadera hija del pueblo de Nuoro, llena de gracia inconciente y de estraña seducción. Decía todo lo que le pasaba por la cabeza, mentía con la más grande desenvoltura y se reía de los demás. Y luego, nunca os guardaba el más mínimo rencor y os ponía, en la mejor ocasión, la mejor cara.

Manzela tenía dieciocho años, pequeña, muy fina, con los cabellos negros separados en dos crenchas; el aire y el sol habían dado á su blanquez esa apariencia ardiente y dorada, casi rubia, que caracteriza á las razas latinas emparentadas con los moros.

En la familia Fenu los ojos grandes eran una especialidad y Manzela los tenía muy grandes. Unos ojos estraños, claros sin ser grises, llenos de un falso candor, iluminados por las sonrisas fugitivas que tanto los favorecían. Manzela conocía el poder de sus ojos: los hacía cambiar de expresión á voluntad; dulces, asustados, admirados según la ocasión; cuando se enojaban se medio cerraban, lo que los hacía aparecer terribles. Sin embargo, ella no era mala, aunque pensaba serlo y aunque Bustianeddu se lo repetía á cada momento. Esa mañana discutieron todo el tiempo y el pastorcito le gritó: Mala! Malvada!

Manzela no pudo soportar la injuria y fustigó con una caña que tenía en sus manos la grupa de la yegua, que se puso á galopar locamente, á través del pequeño sendero. Pero Bustianeddu se tuvo sólidamente en la silla y cuando pudo calmar la bestia se volvió y riéndose á mandíbula batiente, apostofó á su hermana, llamándola: «*Feruledda, feruledda!*»

La joven se iba á lanzar en su persecución, resuelta á tirarle un guijarro, cuando, justamente en ese momento, un hombre surgió de un matorral y la retuvo gritando: «¡Ohé! Manzela! Tú aquí?»

Era Pedru Chessa que venía también de Nuoro y quien seguía la caravana hacía ya más de media hora.

—«Sí, yo aquí!» respondió Manzela, haciendo una mueca. ¡Hacía mucho tiempo que tú no me veías en estos lugares.

—Oh, sí, desde antier!

Los dos continuaron su camino juntos. Bustianeddu iba adelante, cantando en dialecto. Su voz, aguda pero rítmica se perdía á lo lejos, entre los matorrales que matizaban la llanura, como el murmullo de las moscas escondidas bajo el heno ya alto. Pedru y Manzela lo seguían. La joven contaba á su compañero todas las diabluras y todas las maldades de Bustianeddu. Pero ya no las soportaría más, y la primera vez que cañera en sus manos lo iba á pelar vivo.

Pero Pedru apenas la escuchaba. Parecía sumido en el ensueño: sus ojos fijos en el horizonte lejano, miraban los taludes donde se elevaban los *nuraghes* (1) en ruinas que daban su nombre á la pradera del tío Nannedu, y al borde del cielo de un azul profundo y sombrío, un poco triste.

Apasionadamente enamorado de Manzela, desde que la tía Ventura le había rogado la vigilara, no tenía un momento de tranquilidad. La silueta de Manzela se había grabado en sus ojos, y él la veía siempre, tanto sobre la iluminada verdura del llano, como sobre el cielo implacablemente azul, tanto de noche como de día.

---

(1) *Nuraghes*. Quizá sea Cerdeña la comarca de la Europa Occidental más rica en monumentos antiquísimos. Los más notables entre estos son los famosos *nuraghes* que desde lejos se distinguen en lo alto de las colinas como restos de antiguas fortalezas. En Cerdeña hay más de 4000 *nuraghes* conocidos. En un tiempo se creyó que los *nuraghes* se habían usado como templos ó tumbas, pero hoy sabemos de cierto que fueron habitaciones (casas redondas). Algunas de ellas pudieran contener hasta 100 personas. Varias talvez han resistido las inclemencias atmosféricas de 40 siglos.

La joven se iba á lanzar en su persecución, resuelta á tirarle un guijarro, cuando, justamente en ese momento, un hombre surgió de un matorral y la retuvo gritando: «Ohé! Manzela! Tú aquí?»

Era Pedru Chessa que venía también de Nuoro y quien seguía la caravana hacía ya más de media hora.

—«Sí, yo aquí! respondió Manzela, haciendo una mueca. ¡Hacía mucho tiempo que tú no me veías en estos lugares.

—Oh, sí, desde antier!

Los dos continuaron su camino juntos. Bustianeddu iba adelante, cantando en dialecto. Su vozecita, aguda pero rítmica se perdía á lo lejos, entre los matorrales que matizaban la llanura, como el murmullo de las moscas escondidas bajo el heno ya alto. Pedru y Manzela lo seguían. La joven contaba á su compañero todas las diabluras y todas las maldades de Bustianeddu. Pero ya no las soportaría más, y la primera vez que cañera en sus manos lo iba á pelar vivo.

Pero Pedru apenas la escuchaba. Parecía sumido en el ensueño: sus ojos fijos en el horizonte lejano, miraban los taludes donde se elevaban los *nuraghes* (1) en ruinas que daban su nombre á la pradera del tío Nannedu, y al borde del cielo de un azul profundo y sombrío, un poco triste.

Apasionadamente enamorado de Manzela, desde que la tía Ventura le había rogado la vigilara, no tenía un momento de tranquilidad. La silueta de Manzela se había grabado en sus ojos, y él la veía siempre, tanto sobre la iluminada verdura del llano, como sobre el cielo implacablemente azul, tanto de noche como de día.

---

(1) *Nuraghes*. Quizá sea Cerdeña la comarca de la Europa Occidental más rica en monumentos antiquísimos. Los más notables entre estos son los famosos *nuraghes* que desde lejos se distinguen en lo alto de las colinas como restos de antiguas fortalezas. En Cerdeña hay más de 4000 *nuraghes* conocidos. En un tiempo se creyó que los *nuraghes* se habían usado como templos ó tumbas, pero hoy sabemos de cierto que fueron habitaciones (casas redondas). Algunas de ellas pudieran contener hasta 100 personas. Varias talvez han resistido las inclemencias atmosféricas de 40 siglos.



De noche, cuando los rebaños erraban por los *maquis* (1) silenciosos, turbando la serenidad del claro de luna con el ruido monótono de las campanillas, Pedru, mudo y entorpecido, presa de una intensa melancolía, creía ver á su amada en todas partes: entre los juncos iluminados por la luna, en la choza, sobre las ramas negras y en la espesura. Enamorado de ella desde el momento en el cual la había conocido, ahora su pasión degeneraba en locura, y pronto no podría ocultarlo más. Por eso se había decidido á declararle sus sentimientos y á pedirla en matrimonio. Qué le faltaba? Buen pastor, joven, bello y fuerte, poseía rebaños y prados, y podía sostener su familia sin ayuda de nadie. La muchacha era joven y sin experiencia, pero eso no importaba. Para casarse podría esperar dos ó tres años: lo que importaba era hacerse amar.

Esa mañana, Pedro, viéndose solo cerca de la joven, pensaba en la manera de hacerle conocer sus simpatías; pero ni una sola palabra salía de sus labios aun cuando su corazón no cabía bajo su chaleco de terciopelo.

En ciertos momentos, mientras ella continuaba su eterna cantinela, siempre irritada contra *Bustianeddu*, el joven quería interrumpirla, para confesarle su secreto; pero apenas abría la boca sentía una especie de torpeza que lo paralizaba, y á poco hubiera caído desfallecido.

Sin embargo, al fin se decidió. Ya se divisaba á lo lejos la cabaña, el abrigo de juncos bajo el cual se retiraban á mediodía los pastores, y *Bustianeddu* echaba al aire la última cadencia de su canción.

El sol en lo alto quemaba la meseta; Pedro sentía su sangre hervir y subirle al rostro. Manzela se había tapado la frente con el pañuelo, que cubría un poco su rostro dorado, tranquilo, como el de una virgen latina del siglo quince. La luz intensa, el aire libre, daba á sus ojos un reflejo muy claro, que los hacía casi grises y traspa-

---

(1) Bosques muy crecidos, casi siempre refugio de los bandoleros.

rentes, y Pedru, embriagado de amor, contemplándola, se sentía morir de los deseos de tomarla entre sus brazos, como á un corderito blanco y temeroso, para cubrirla de besos.

—«Manzé, dijo en fin, deteniéndola á la sombra de un talud que escondía la cabaña y bajo el cual pasaba el sendero trazado en la hierba, Manzé, yo tengo que decirte algo.»

Como él había permanecido silencioso durante todo el camino, la joven lo miró sorprendida y se detuvo bajo la sombra.

En aquel lugar se disfrutaba de una frescura deliciosa. De las rocas que dominaban el talud se descolgaban grandes ramilletes de verdes zarzas florecidas y de oxiacantos.

Las blancas rosas, diáfanas y de ámbar, exhalaban un perfume penetrante y el arroyo atravesaba murmurando el sendero, para ir á perderse entre las cañas en flor.

Pedru palideció, su rostro se puso pálido como las flores de la caña-heja y del oxiacanto, y la joven lo miraba, espantada, temiendo se sintiese indispuerto.

—Y bien, qué es lo que tienes? le preguntó.

—Escucha, comenzó, amas á alguien?

—No; pero qué puede importarte eso? dijo Manzela riendo á carcajadas. Desde que Pedru hubo pronunciado las primeras palabras, ella había comprendido adonde quería llegar y por eso reía, pues nunca había pensado que pudiera unirlos un compromiso. Ella dejó reír, y continuó, reponiéndose un poco:

«Hay un joven que te ama y que se uniría con gusto á tí, si tu quisieras aceptarlo, Manzela.»

—Eres tú, no es cierto?, preguntó ella francamente, mirándolo en plena cara y golpeándole ligeramente el hombro con su caña.

Pedru se sobresaltó y un relámpago brilló en sus ojos negros. Manzela lo amaba. Sí, sin eso jamás habría adivinado. Después de tantas angustias y temores, una alegría inmensa invadía el alma de Pedru, alegría tan poco esperada y tan luminosa que lo hizo imprudente.

Pero, de pronto, dejó escapar un grito que resonó en toda la montaña.

Qué había sucedido?

Nada más natural: en el ardor de su alegría, Pedru, inconciente, había querido abrazar á Manzela: la joven se había esquivado y lo había golpeado violentamente con su caña.

El golpe fué terrible. La piel, desgarrada, sangraba.

Pero el golpe más terrible era el que había recibido en el ojo. Pedru había creído morir y si alguno otro le hubiese hecho esa herida, inmediatamente habría corrido á su cabaña para tomar su fusil y su cuchillo. Pero, con Manzela qué podía hacer?

Una vez pasada la primera impresión de dolor, se inclinó, sin decir una palabra, sobre el arroyo y se lavó el rostro; enseguida, sacando de su bolsillo un pedazo de pañuelo, se limpió la sangre que cubría su barba, su camisa y su chaleco.

Manzela temblaba toda: le parecía haber cometido un crimen. Ahora era ella quien se ponía tan blanca como las flores de la caña-heja. Primero quiso escaparse, pero luego, viendo que Pedru no se quejaba, se acercó, balbuciendo algunas excusas:

«Deja ver, le dijo tendiendo la mano, deja ver. Qué te he hecho?»

Y quiso examinar la herida; pero Pedru la rechazó sin decir una palabra. Mientras Manzela lo miraba, retorciendo, desesperada, las manos, Bustianeddu volvió corriendo á informarse de lo que había pasado.

«Nada, respondió Pedru, al caer me he herido aquí...» y se puso en marcha, mostrando la herida al niño.

Manzela los siguió. Ya no reía, no podía reír, porque mezcladas á la sangre, había visto algunas lágrimas caer de los ojos, de los pobres ojos de Pedru Chessa!

\* \* \*

Entonces sucedió algo muy extraño á partir

de ese día, Pedru se volvió misántropo y salvaje como el tío Nannedu.

No volvió á Nuoro, no hablaba jamás ni se le oía cantar ni reír. Durante las noches calientes y estrelladas de junio, cuando en el aire inmóvil se difundía el perfume de los primeros rastros y de las salvias florecidas entre el heno cortado, no veía más á Manzela ante él, y sólo las campañas de los rebaños le traían amargos recuerdos y le hacían deplorar su sueño desaparecido.

Cuando la joven venía al aprisco, ni siquiera la miraba. Oh! Bien podía ella saquear todo el jardín de la tía Ventura; él no se movía de su cabaña. A veces cuando divisaba á lo lejos el pañuelo oscuro y el corsé rojo de la joven, se iba más allá de los *nuraghes* y desaparecía en medio de los *maquis* como un bandido.

Y sin embargo, ahora Manzela lo colmaba de atenciones. Ella lo llamaba «compadre Pedru» y todos los días preguntaba por él á Bustianeddu, y aún más, multiplicaba sus visitas á la lechería y se interesaba por todo. Mientras Pedru preparaba los quesos ella permanecía en la cabaña y le ayudaba á pasar por la llama las piedras que servían para cuajar la leche. Pero él callaba siempre, la dejaba hacer, no le hacía ninguna observación ni le miraba jamás. Qué sucedía entre aquellos seres salvajes?

Manzela amaba con frenesí á Pedru y éste ya no amaba á Manzela. La muchacha le hacía la corte, lo que no lo inquietaba en absoluto y aún esperimantaba ahora una especie de disgusto mezclado al acre placer de la venganza. Ah! ella lo había golpeado en el rostro! Muy bien. Era su derecho de joven honrada. Pero él ahora le desgarraría el corazón, como ella le había hecho sangrar el rostro.

No esperaba más que una ocasion propicia. Y Manzela se consumía de pasión y remordimiento. Las lágrimas que había visto deslizarse sobre las mejillas del pastor, las primeras que hubiera derramado sin duda, ella no podía olvidarlas. Todas las noches reveía la escena dolorosa.

Mas devota que nunca, pasaba su tiempo en oraciones, en peregrinaciones á las iglesias de Valverde y del Monte, para pedir á la Madona la paz de su pobre alma.

Pero la paz no volvía, no volvía.

La sonrisa había desaparecido de su bello semblante dorado, que la palidez y la tristeza afeaban casi, dándole un tinte amarillo terroso; sus ojos se veían más negros, ensombrecidos por un velo de misteriosa melancolía.

Todo el mundo notó ese cambio y la tía Ventura juraba que Manzela estaba embrujada. A fuerza de oirlo repetir ella, lo creyó también y tuvo que prestarse á los cuidados especiales que necesitaba ese mal estraño.

La curación de las poseídas era practicada por la vieja Peppa Friuza, quien comenzó por medir á la joven, y resultando, de las medidas que tomó, que Manzela estaba embrujada desde hacía tres meses, la tía Pepa encendió entonces un gran fuego. Ahí arrojó el hilo que le había servido para tomar las medidas, unas ramas de romero, plumas de buitre y otros ingredientes mágicos é hizo saltar á la enferma tres veces por encima del fuego, mientras ella recitaba unas oraciones misteriosas.

Esos exorcismos se repitieron más de una vez, hasta que la tía Peppa declaró que Manzela estaba curada. Pero la pobre estaba y quedó bajo el encanto de Pedru. Parecía una loca y no se calmaba más que allá arriba, en Tresnuraghes, bajo el ardiente sol que calentaba los rubios pastos, entre las cañas secas, los cardos y los rastrojos.

Allá arriba estaba Pedru, quien no reía ni cantaba más, quien había dejado crecer su barba y era más bello que nunca con sus cejas fruncidas y sus labios cerrados.

El tío Nannedu observó también la locura de Manzela y aunque él la amaba profundamente, con toda la ternura de su carácter salvaje, no podía hacer nada para calmarla. Prohibirle venir al aprisco? Pero él no hubiera podido quedarse dos días sin verla!

Al fin, se decidió á cambiar de pradera y á dejar mediante cierta retribución, todas las praderas de Tresnuraghes á Pedru. El lo preparó todo secretamente y cuando estuvo listo, dijo á Manzela, un día de Agosto.

—Tú dirás á tu madre que mañana yo conduzco los rebaños á la montaña.

—Pedru también? preguntó ella ansiosamente.

—No, él se queda aquí todo el otoño...

Ella no dijo nada, pero, desesperada, tomó una gran decisión y se fué á buscar á Pedru.

Por ninguna parte se veía. En la inmensa paz ardiente del mediodía, la meseta parecía dormir. Los rebaños estaban recogidos á la sombra de los *maquis* y el paisaje se fundía en vapores amarillos que se mezclaban al horizonte gris. Después de haberlo buscado largo tiempo, Manzela divisó á lo lejos una pequeña silueta negra, era Pedru.

Pero ella lo alcanzó bien pronto. Temblaba como una hoja: el calor, la carrera, la emoción, empurpuraban su semblante.

Con sus grandes ojos abiertos, sus cabellos sueltos bajo el pañuelo que se había deslizado sobre la nuca, Manzela estaba más bella que nunca y Pedru se sobresaltó al mirarla.

«Y bien, preguntó, por qué corres como una loca? Qué hay?

—Es cierto que mi padre se va y que tú te quedas?, preguntó ella con angustia, y él respondió friamente:

—Así parece.

—Entonces tú me abandonas... sin decirme quien era aquel joven que...»

El no la dejó terminar. Con voz entrecortada por la cólera, por la pasión, gritó: Era yo!

Manzela quedó aterrada, ahora perdía toda esperanza. Pedru la odiaba á muerte. Ah! ella no podía resistir! Se dejó caer sobre una roca, bajo el sol ardiente de Agosto y prorrumpió en sollozos. Ante ese cuadro, Pedru cambió de color y sintió una sensación que no era ciertamente la que él esperaba de su venganza. Toda su sangre le afluyó al rostro. Y sin embargo, ante el dolor de

la joven no supo encontrar más que una pregunta tonta:

—Qué tienes, Manzela?

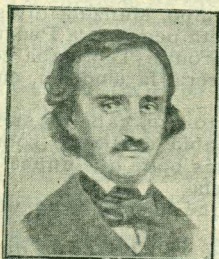
Pero ella no respondió. Pedru se alejó.

Ella lloró largo tiempo su desgracia, y cuando, cansada de llorar, volvió á la cabaña, el tío Nannedu, llevándola á un rincón, bajo el techo de juncos, le dijo:

«Manzé, Pedru Chessa te quiere por mujer.»

(Traducción y envío de J. F. G.—Bologna, 1907)

## ✓ EDGAR ALLAN POE



Es el poeta más original y sombrío de Norte América. Nació en Boston en 1809 y murió en Baltimore en 1849. Es el autor de los cuentos *The Gold Bug* (El Escarabajo de oro), *The murders in the rue Morgue* (Las matanzas de la calle Morgue) y *Ligeia*, y de los poemas *The Raven* (El Cuervo), *Annabel Lee* y *The Bells* (Las campanas). Su individualidad y su estilo son muy particulares. Ningún otro poeta yanqui ha llamado más la atención de los autores europeos. Vivió una vida errante y notable por su tristeza.

En castellano conocemos dos buenas traducciones de El Cuervo (*The Raven*): una del poeta venezolano Juan A. Pérez Bonalde (la que hoy reproducimos) y otra del inolvidable Isafas Gamboa, que publicaremos más tarde. Dos sugestivos cuentos de Poe pueden hallarse en el número 3 de ARIEL.

## ✓ El Cuervo

Una fosca (1) media noche, cuando en tristes reflexiones,  
sobre más de un raro folio de olvidados cronicones  
inclinaba soñoliento la cabeza, de repente

á mi puerta oí llamar;

como si alguien, suavemente, se pusiese con incierta

mano tímida á tocar:

(1) Muy oscura.

«Es, me dije, una visita que llamando está á mi puerta ;  
eso es todo, y nada más !»

Ah! bien claro lo recuerdo : Era el crudo mes del hielo  
y su espectro cada brasa moribunda enviaba al suelo.  
Cuán ansioso el nuevo día deseaba, en la lectura  
procurando en vano hallar  
tregua á la honda desventura de la muerta Leonora,  
la radiante, la sin par  
virgen rara á quien Leonora los querubens llaman, hora  
ya sin nombre... nunca más !

Y el crujido triste, incierto, de las rojas colgaduras  
me aterraba, me llenaba de fantásticas pavuras,  
de tal modo que el latido de mi pecho palpitante  
procurando dominar,  
«Es, sin duda, un visitante, repetía con instancia,  
que á mi alcoba quiere entrar :  
un tardío visitante á las puertas de mi estancia...  
eso es todo, y nada más !»

Poco á poco, fuerza y bríos fue mi espíritu cobrando ;  
«Caballero, dije, ó dama : mil perdones os demando ;  
mas el caso es que dormía, y con tanta gentileza  
me vinisteis á llamar,  
y con tal delicadeza y tan tímida constancia  
os pusisteis á tocar,  
que no oí.» dije, y las puertas abrí al punto de mi estancia :  
Sombras sólo y... nada más !

Mudo, trémulo, en la sombra por mirar haciendo empeños,  
quedé allí, cual antes nadie lo soñó, forjando ensueños ;  
más profundo era el silencio, y la calma no acusaba  
ruido alguno... Resonar  
sólo un nombre se escuchaba que en voz baja á aquella hora  
yo me puse á murmurar,  
y que el eco repetía como un soplo : Leonora !...  
Esto apenas, nada más !

A mi alcoba retornando con el alma en turbulencia,  
pronto oí llamar de nuevo, esta vez con más violencia :  
«De seguro, dije, es algo que se posa en mi persiana ;  
pues, veamos de encontrar  
la razón abierta y llena de este caso raro y serio,



y el enigma averiguar :  
corazón ! calma un instante, y aclaremos el misterio...  
Es el viento y nada más !»

La ventana abrí, y con rítmico aleteo y garbo extraño,  
entró un Cuervo (1) majestuoso de la sacra edad de antaño.  
Sin pararse ni un instante ni señales dar de susto,  
con aspecto señorial  
fue á posarse sobre un busto de Minerva, (2) que ornamenta  
de mi puerta el cabezal :  
sobre el busto que de Palas la figura representa  
fue y posóse y nada más !

Trocó entonces el negro pájaro en sonrisas mi tristeza  
con su grave, torva y seria, decorosa gentileza ;  
y le dije : «Aunque la cresta calva llevas, de seguro  
no eres Cuervo nocturnal,  
viejo, infausto Cuervo, oscuro vagabundo en la tiniebla !  
Díme, cuál tu nombre, cuál,  
en el reino plutoniano (3) de la noche y de la niebla ?  
Dijo el Cuervo : «Nunca más !»

Asombrado quedé oyendo así hablar al avechucho.,  
si bien su árida respuesta no espesaba poco ó mucho ;  
pues preciso es convengamos en que nunca hubo criatura  
que lograrse contemplar  
ave alguna en la moldura de su puerta encaramada,  
ave ó bruto reposar  
sobre efigie en la cornisa de su puerta cincelada,  
con tal nombre : «Nunca más !»

Mas el Cuervo, fijo, inmóvil en la grave efigie aquella,  
sólo dijo esa palabra, cual si su alma fuese en ella  
vinculada : ni una pluma sacudía, ni un acento  
se le oía pronunciar...  
Dije entonces al momento : «Ya otros antes se han marchado,  
y la aurora al despuntar,

---

(1) En los antiguos tiempos el cuervo se asoció á la guerra y á sus desgracias y los supersticiosos lo miraron siempre con miedo como anuncio de desdicha y muerte.

(2) Palas es un nombre de Minerva, diosa de la sabiduría, también de la tormenta con sus rayos y truenos.

(3) Riberas de Pluton, el dios de los infiernos y también de la oscuridad y de la noche.

él también se irá volando cual mis sueños han volado.»

Dijo el Cuervo: «Nunca más!»

Por respuesta tan abrupta, como justa, sorprendido.  
«No hay ya duda alguna, dije, lo que dice es aprendido;

aprendido de algún amo desdichoso á quien la Suerte,  
persiguiera hasta la muerte, hasta el punto de, en su duelo,  
persiguiera hasta la muerte, hasta el punto de, en su duelo,  
sus canciones terminar

y el clamor de su Esperanza con el triste ritornelo  
de «Jamás y Nunca más!»

Mas el Cuervo provocando mi alma triste á la sonrisa,  
mi sillón rodé hasta el frente de ave y busto y de cornisa:  
luego, hundiéndome en la seda, fantasía y fantasía

dime entonces á juntar,  
por saber qué pretendía aquel pájaro ominoso (1)  
de un pasado inmemorial,  
aquel hosco, torvo, infausto Cuervo lúgubre y odioso  
al graznar «Nunca, jamás!»

Quedé aquesto investigando frente al Cuervo en honda calma,  
cuyos ojos encendidos me abrasaban pecho y alma,  
esto y más, sobre cojines reclinado, con anhelo

me empeñaba en descifrar.  
Sobre el rojo terciopelo do imprimía viva huella  
luminosa mi fanal,  
terciopelo cuya púrpura, ay! jamás volverá ella  
á oprimir, ah! «Nunca más!»

Parecióme el aire entonces, por incógnito incensario  
que un querube columpiase de mi alcoba en el santuario,  
perfumado «Miserable sér me dije, Dios te ha oído,

y por medio angelical,  
tregua, tregua y el olvido del recuerdo de Leonora  
te ha venido hoy á brindar:

bebe! bebe ese nepente, (2) y así todo olvida ahora.»  
Dijo el Cuervo: «Nunca más!»

«Oh, Profeta, dije, ó duende, mas profeta al fin, ya seas  
ave ó diablo, ya te envíe la tormenta, ya te veas

(1) Que presagia males con su graznido.

(2) Una bebida mágica que produce el olvido.

por los ábregos (3) barrido á esta playa, desolado  
pero intrépido á este hogar  
por los males devastado, díme, díme, te lo imploro;  
llegaré jamás á hallar  
algún bálsamo ó consuelo para el mal que triste lloro?»  
Dijo el Cuervo: «Nunca más!»

«Oh, Profeta, dije, ó diablo! Por ese ancho combo velo  
de zafir que nos cobija, por el sumo Dios del cielo  
á quien ambos adoramos, díle á esta alma dolorida,  
presa infausta del pesar,  
si jamás en otra vida la doncella arrobadora  
á mi seno he de estrechar,  
la alma virgen á quien llaman los arcángeles Leonora.»  
Dijo el Cuervo: «Nunca más!»

«Esa voz, oh Cuervo, sea la señal de la partida,  
grité alzándome. Retorna, vuelve á tu hórrida guarida,  
la Plutónica ribera de la noche y de la bruma!...  
De tu horrenda falsedad,  
en memoria, ni una pluma dejes, negra. El busto deja!  
Deja en paz mi soledad!  
Quita el pico de mi pecho. De mi umbral tu forma aleja»...  
Dijo el Cuervo: «Nunca más!»

Y aún el Cuervo inmóvil, fijo, sigue fijo en la escultura,  
sobre el busto que ornamenta de mi puerta la moldura,  
y sus ojos son los ojos de un demonio que durmiendo  
las visiones ve del mal;  
y la luz sobre él cayendo, sobre el suelo arroja trunca  
su ancha sombra funeral;  
y mi alma de esa sombra que en el suelo flota... nunca  
se alzaré... nunca jamás!

---

## Los jornaleros

Mañana comenzará de nuevo nuestra estúpida  
vida. El sol se levantará en el horizonte, los pá-  
jaros alzarán su concierto entre las hojas olo-  
sas y limpias; y mientras el agua brillará osci-

---

(3) Viento de Africa.

lando en las puntas de las espigas, nosotros volveremos á nuestro trabajo de siempre, invariable y tedioso, agotador y embruteciente.

A la tarde, cuando el sol se esconda, y diga su adiós al mundo bañándolo en púrpura y en oro; cuando los zenzontles salten charlando entre los erguidos piñales; cuando las cigarras acallen sus liras resonantes; cuando los penachos relucientes de los cocoteros se remezcan al toque de las últimas brisas; cuando las serenas estrellas comiencen á entreabrir sus ojos de oro... entonces, nosotros, agotados, hastiados, entorpecidos, buscaremos el lecho, como una bestia al desuncirle el yugo; y un día más, inútil, estúpido, bestial, se habrá deslizado en nuestra vida.

Habremos comido y bebido.

Bien ó mal, habremos digerido, sudado, especorado y escrementado. Nuestros órganos habrán cumplido su tarea, labrando el vestido, los muebles, el pan, el techo para los poderosos y los ricos; y ellos, los señores de la vida, hartos, contentos, gozosos, se entregarán al baile y al juego, irán al teatro, charlarán, hablarán de cuadros, de estatuas, de política, de ciencias... y entre el humo de sus cigarros perfumados y la espuma de sus vinos generosos, entonarán su himno al progreso y á la civilización.

Nosotros, entre tanto, iremos pesadamente á nuestro lecho, pensando que la muerte es un descanso, y que la felicidad está en morir.

### **Mi bandera**

Yo también tengo mi bandera, y á su sombra descanso y encuentro fortaleza.

Mi bandera es ancha. Tan ancha, que bajo sus pliegues se guarecen todos los que sufren, trabajan y esperan.

Mi bandera es hermosa y brillante. Tan hermosa, que al contemplarla olvido la cadena que nos abate, y sueño en el día de la liberación. Tan brillante, que esparce sus fulgores hasta en la noche del presente.

Mi bandera es roja. Porque roja es la sangre que el pueblo derrama día á día, acatando el antojo de sus estúpidos señores. Anda, pueblo: pelea, y derrama tu sangre, y espira en los campos de batalla, comido de las aves y de las fieras, mientras tus amos beben champaña y se hartan de placeres. Pelea y muere, pueblo; que cuando tus hijos mendiguen un pan y tus hijas se hagan prostitutas, los hijos que te llevaron á morir vivirán en el ocio, disfrutando de honores y pensiones.

Mi bandera es dorada. Porque el oro es el Dios en cuyo altar se sacrifica día á día al pueblo hambriento y estenuado. Trabaja, pueblo: trabaja y amontona el oro para tus dueños, porque tienen sed de riquezas, que jamás saciarán. Trabaja, pueblo, y cuando ya estés quebrantado por la vida y por la lucha, vete á morir al hospital, donde tus quejas y tus estertores no atormenten á tus amos, los crueles sacerdotes del oro.

Mi bandera es verde. Porque verde es la selva, y el bosque, y la pradera que un tiempo fueron para todos los hombres, y hoy son, no más, de los privilegiados usurpadores de la tierra. Siembra, pueblo: moja en tu sudor los duros terrones, y arranca de tu seno el maíz y el trigo; el pan, la vida; y deja que los *dueños* se harten y paseen por sus anchos dominios, mientras vas tu á comer las sobras en tu estrecha cabaña, y mueres, como Jesús, sin tener donde reclinar la cabeza.

Mas dichosos que tú, los peces tienen el anchuroso mar, y los pájaros el aire sin límites, y nadie ha podido despojarles.

Siembra, pueblo; ara, abona, siembra, cosecha, y muere de hambre... hasta el día en que mi bandera triunfe, y la tierra vuelva á ser de todos los hombres.

Mi bandera es negra. Porque negra es la noche en que vive el pueblo embrutecido. Qué mentes tan oscuras, qué cerebros tan rudos tienen esas pobres mujeres, siempre abatidas bajo el cántaro y el canasto, desde que pueden andar hasta que mueren!...

Qué inteligencias tan estúpidas, esas siempre comprimidas por el haz de la leña, por el *mecapal* y el *cacaste*. (1). Qué torpe es el alma cuando las espaldas van siempre encorvadas bajo pesos enormes!... Esos hombres y esas mujeres viven en las tinieblas; mientras los señores, con sus bibliotecas inmensas, con sus revistas lujosas, con sus teatros suntuosos, con sus laboratorios y sus museos, viven en la luz, despreciando á los que viven en la ignorancia...

Sí, mi bandera es negra, y simboliza la esclavitud, hasta el día en que un rayo de sol alumbre la mente de los esclavos, y les haga pensar que ellos también son hombres y que pueden ser libres...

Sí, yo también tengo mi bandera, y por ella deseo morir.

*Alberto Masferrer. (\*)*

San Salvador, julio de 1907.

---

✓ **Recompensas y castigos**

Tendría, en fin, que decir una palabra acerca de los castigos y recompensas escolares.

Toda la enseñanza reposa, ya lo sabéis, en nuestro país, en la disciplina, centralizada, impuesta más bien que obtenida por la persuasión; el funcionamiento de los castigos y las recompensas parece, en una palabra, y á los ojos de gran número de pedagogos, una de las condiciones esenciales de una buena dirección educativa.

No me contento con decir que soy absolutamente opuesto á ello, que opino por el contrario que

---

(1) Aparatos como javas que usan los indios salvadoreños y guatemaltecos para cargar á las espaldas. Los sostienen por correas (*mecapales*) que pasan por la frente.

(\*) Es un escritor centroamericano bien conocido. Se distingue por la elevación é independencia de su pensamiento. Con los dos tomos anteriores comienza su valiosa ayuda para la COLECCIÓN ARIEL.

es una manera de pervertir los caracteres y la moralidad de las gentes; este sistema tiende á formar esclavos é hipócritas y, en los raros establecimientos libres en que se tiene la tarea de tratar de obtener una disciplina moral por procedimientos distintos, todo ha pasado bien, en general.

Es menester sin embargo que estos procedimientos sean aplicados con sinceridad y con la inteligencia de la educación; y me apresuro á agregar que, cuando en lugar de agrupamientos escolares se tienen verdaderos cuarteles, llenos de efectivos comparables á los de los regimientos y albergados en edificios enormes como los de nuestros colegios, donde se introducen tres, cuatro, quinientos internos, y á veces más, se está bien obligado á proceder brutalmente. Sin embargo, el resultado perseguido en ambos casos no es el mismo; no es deseable obtener una disciplina de la misma forma en los niños, cuyo cerebro se quiere desenvolver, que en soldados que han de cumplir actos automáticos; por consiguiente, el sistema del colegio-cuartel me parece deplorable.

### **Enseñanza de la Historia**

Puede decirse hoy, sin exajerar, que la historia, tal como generalmente se presenta en el dominio de la enseñanza antigua, es una enumeración de fechas, una cronología repulsiva que exaspera la memoria; es al propio tiempo una esposición de todos los vicios y de todos los crímenes.. No se está muy seguro, hasta se está muy poco, de la exactitud de los hechos, mas se hace hincapié en la precisión de las fechas; y hácese esfuerzos para concentrar la atención sobre cierto número de individuos de apariencia providencial, escogiendo, entre los actos de estos individuos de apariencia providencial, los más repugnantes y más abominables para hacer de ellos la sustancia de la enseñanza. No son sino guerras, carnicerías,

en ocasiones farsas diplomáticas; los suplicios, las persecuciones y los asesinatos animan el relato y vienen á realzar su interés.

No se ve más que esto en la historia tal como se enseña á los niños; de manera que, desde el punto de vista moral, puédesse afirmar que la enseñanza de la historia es la más deplorable y más funesta de todas, porque de ella resulta la glorificación continua de la violencia contra la debilidad, de la impostura contra la verdad.

En cuanto á la evolución misma de las razas humanas y de las naciones, en cuanto á las circunstancias que llevarán á un pueblo á su trasformación, á su liberación gradual de las miserias primitivas, no es por así decirlo asunto del cual se trate.

### **Educación integral**

Soy partidario de lo que se llama la educación integral, es decir, de una educación equilibrada estendiéndose á todas las nociones buenas de adquirir, nociones pertenecientes, bien al dominio científico ó bien á otro.

Creo que esta educación debe ser conducida paralelamente; que todas las facultades del niño deben ser cultivadas con un cuidado especial del mantenimiento del equilibrio; que esta educación debe ser inspirada constantemente por el cuidado de la preparación para la vida, para las necesidades, para las luchas á las cuales deberá encontrarse preparado el alumno que nos es confiado.

Por último, esta educación no puede darse útilmente sino gracias á un estudio atento del cerebro de cada alumno en particular. El procedimiento educativo que conviene á un niño puede muy bien no ser aplicable á otro; es necesario hacer á este respecto un estudio por así decirlo personal y continuo; este trabajo contribuye tanto á



desarrollar la inteligencia del profesor como la del alumno.

En cuanto al desenvolvimiento que debe recibir esta educación, ha de ser, según creo, rigurosamente proporcionado á las facultades naturales y á las disposiciones que manifieste el alumno.

Quiero insistir acerca de este punto, porque he comprobado y habría ciertamente de comprobar los resultados deplorables á que se llega cuando se procede á una especie de calefacción, sin preguntarse si el sujeto tiene fuerza para soportarla.

Hay niños, no solamente de las clases ricas, privilegiadas, sino pobres niños salidos de las clases más humildes, que han tenido la desgracia de obtener un premio de aritmética, por ejemplo, en la escuela primaria, ó bien una serie de premios, lo que es más grave aún.

Se dice: He ahí un niño—tiene diez ó doce años—que muestra disposiciones absolutamente excepcionales para las matemáticas; y he ahí un provisor ó un director de colegio que mira, desde el fondo de su gabinete, como una araña en el centro de su tela, la ocasión favorable para hacer brillar su establecimiento; se precipita sobre el desgraciado hijo pródigo, le hace obtener una bolsa y le predestina para una de nuestras grandes escuelas, de preferencia para la Escuela politécnica.

He visto con mis ojos, desgraciadamente, ejemplos de estos, y muy numerosos, pobres niños así arrastrados hasta los veinte y los veintiún años, obstinándose en querer afrontar concursos para los cuales no estaban hechos. Buenos trabajadores, poniendo en su tarea toda la buena voluntad posible, hubieran podido llegar á ocupar un puesto honroso en la vida; hubieran podido, á esa edad de veintiún años, salir de una escuela de artes y oficios, por ejemplo, y tener una profesión honorable; mientras que, cuando han fracasado en el concurso, quedan fracasados en la vida, fatigados, sin confianza, descontentos de sí mismos y de los otros.

Pretendo que esta calefacción, dada á sujetos

que no están dotados para recibirla, es funesta para ellos, y funesta también para la sociedad, porque falsea las carreras; además, con mucha frecuencia, engendra numerosas miserias morales y materiales.

C. Á. Laisant (\*)

(Extractos de *La Educación fundada en la ciencia.*)

### ✓ Sacerdotes-brujos

Entre las pobladas siberianas, el poder espiritual está representado por *Los chamanes*, sacerdotes-brujos independientes y que no temen ninguna comparación. Sobresalen en eso de introducir los espíritus en los cuerpos y en hacerlos salir de los mismos; en cambiar el alma de los hombres por la de diversos animales.

Cuando sus trampas médicas no han podido triunfar del maleficio mortal, invocan el alma errante, y mientras la llaman tres veces por su nombre, los parientes y los amigos dan tres vueltas alrededor de la choza funeraria. No predicán dogmas difíciles, sino que se limitan á explotar el miedo y la ignorancia de sus creyentes, ignorancia y miedo de que ellos mismos participan; constituyen familias sacerdotales muy reverenciadas y para mantener su dominio, se valen de todos los medios que acrediten su influencia sobrenatural.

Diestros facedores de la lluvia, infatigables traficantes en filtros, (1) amuletos, (2) palabras; no son menos hábiles que los fakires de la India (3)

---

(\*) Ciudadano francés, contemporáneo, Doctor en ciencias y autor de dos obras cuya adquisición recomendamos con entusiasmo á los maestros estudiosos: *La Educación fundada en la ciencia* y *La Iniciación Matemática.*

(1) *Filtros.*—Hechizos amatorios.

(2) *Amuletos.*—Medallas, escapularios, cruces, cintas y otros objetos portátiles á los cuales supersticiosamente se les atribuye la virtud sobrenatural de alejar los peligros.

(3) *Fakires.*—Religiosos mendigos y fanáticos.

■ para fingir mutilaciones y heridas, para escamotear los objetos que se les confía. Voluntariamente se dan de cuchilladas, que no les hacen daño alguno y puede vérselos, varias veces seguidas, cortarse la lengua, sin que de esto les resulte ningún impedimento para entregarse á los aullidos con que acompañan sus danzas.

Revestidos de largas túnicas, cargados de amuletos, agitan una cola de caballo, y dan golpes redoblados en sus tambores mágicos. Este ruido, esta excitación y éstasis que de eso siguen, los trasportan por encima de la humanidad. La demencia, entonces artificial é intermitente llega á ser en ellos un estado normal; sea que la educación dada desde la infancia á los Chamanes los predisponga á una enfermedad demoniaca de los nervios, sea que se tenga en cuenta, al escoger los Chamanes, la locura congénita, (1) ellos inspiran á la larga el temor supersticioso de que son objeto los locos en las regiones polares. Cómo no habían de creer en la pujanza y en la santidad de que se les reviste?

Allí, sacerdotes y fieles están igualmente convencidos. El antropologista no puede rehusarles esta ventaja sobre sus congéneres civilizados. En las razas atrasadas, en las capas inferiores de la humanidad es preciso buscar la verdadera fe, la completa sinceridad del sentimiento religioso.

*André Lefevre* (\*)

(*La Religión*, p. 490-491. 1 vol. Schleiger, editor.)

---

### ✓ La superactividad que mata

Nueva York se ha despertado. De nuevo han vuelto los hombres á la gran ciudad. Ronca y zumba la ciudad como un horno grande y sin límites. Una vez más el calor intenso y rudo del

(1) Locura que se trae desde que se nace.

(\*) Sociólogo francés contemporáneo.

sol se extiende por las calles largas, rectas, cruzadas y recruzadas. La ciudad es de fuego, de un fuego que ronca. El ronquido nos envuelve y entre el bullicio que circunda hay ruidos bullangueros y rechinantes que llegan, pasan y se alejan. Zumbidos y rechinamientos. Toda la ciudad es un caos de ruidos espantosos. Uno se aturde. El torbellino se lleva el pensamiento y lo barre. Le haría á uno daño buscar de nuevo las ideas y concentrarlas. A uno le parece que vive dentro de un taller prodigioso.

Este ruido de Nueva York no se parece al de Londres. En el de esta última ciudad hay una sensación de quietud. En Nueva York el ruido es vicinglero, estridente, perturba, irrita los nervios.

Nueva York se ha despertado.

Con dificultad se imagina uno que durante el precedente día de fiesta la ciudad haya estado tan silenciosa. Ahora vive, gracias á su pueblo valiente é impetuoso.

Esta ciudad es el acabóse de la civilización moderna. Ciudad de ruido, de fiebre, de tumulto. Para edificar esta enorme residencia millones de esclavos han consumido allí sus existencias. Hombres geniales han trazado los planos de esos edificios, así como de esos puentes mágicos que saliendo de los edificios, en ellos se internan.

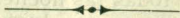
Y en la roca sólida, debajo de la ciudad, miles de trabajadores poco á poco han cavado y cavado y ahora allí existen cavernas por donde corren todos los días y todas las noches trenes repletos de gentes que viven en ese lugar de ruido y de precipitación.

Esta ruidosa ciudad descansa sobre una base de ruido. La misma atmósfera que flota sobre las cabezas está poblada de ruidos. El poder, el genio, el trabajo del hombre han creado allí una mezcla de disonancias. El sonido, el sonido armonioso de la campiña ó del bosque. He aquí la vida. Pero el ruido que produce Nueva York es el rudo y sordo de la destrucción. Allí no viven los seres humanos. Se mueren. Se precipitan hacia el sepulcro.

La vida es un compuesto de movimientos coordinados. Es una obra de equilibrio en donde una fuerza completa á la otra. La vida es una causa misteriosa que no es ni rápida ni lenta. Una creación que se ha desarrollado en el trascurso de millones de millones de años. Una fuerza á la vez de impulso hacia adelante y de calma que espera. La vida es algo armonioso como la música. En la vida hay á la vez acción y reposo. Es por esto por lo que la inmensa ciudad de Nueva York es en realidad una ciudad de muerte. Allí no viven los seres humanos. Se agitan febril y convulsivamente, como los seres se agitan cuando la muerte se acerca. Esas gentes están poseídas de un demonio que las hace moverse más ligero de lo que el cuerpo humano debe moverse para vivir. Un fuego interno las consume. Cuando apresuran el paso, puede leerse en sus caras las señales de la destrucción. Durante millas, hacia el norte, el sur, el este y el oeste, se precipitan esos seres por entre un espantoso infierno de ruidos. Es algo así como lobos que se baten y se devoran mutuamente. Esa Nueva York es una residencia curiosa. La obra suprema de la civilización actual.

*Bart Kennedy.*

(*Daily Mail*, 10 de Setiembre de 1906, Del artículo *America revisited.*)



### ✓ **Todas las colonizaciones son semejantes**

Los que sí debe reivindicar España por suyos, las glorias que no disputamos y cuyo beneficio íntegro cedemos á la Península, son los frailes, los Virreyes, los Capitanes Generales, la turbamulta entera de fascinerosos Colonistas que siguió la huella de los primeros conquistadores y durante una trimurti de siglos nos depredó, nos espolió, nos desportilló cuerpo y alma, nos mantuvo en la

ignorancia y en el vasallaje y nos puso en el espíritu los grillos del catolicismo, esa religión de siervos, que fué siempre el mejor aliado de los tiranos. Pero los Hernando de Soto, los Cortés, los Alonso de Ojeda, los Valdivia, los Pizarro y los Balboa, esos nos pertenecen, esos son los primeros fundadores de nuestras patrias actuales. Ellos forman grupo aparte en la historia de las naciones: el grupo de nombres más legendario y tenebroso entre los más tenebrosos y legendarios nombres. Es verdad que fueron crueles, que diezmaron los Imperios de América, que destruyeron las civilizaciones aborígenes; es verdad que representaban la barbarie invasora en las pulidas Cortes de los Incas, pero eran tan valientes! No es con garzones perfumados, ni con palabritas de miel, como se atraviesan los Andes, como se toma posesión del mar del Sur y se descubre y conquista la mitad del mundo.

No fue mas cruel la España de los siglos xv y xvi que la Europa de nuestros días. Esa misma Europa y esos mismos yankis que tildan de sanguinaria á España se abrevan hoy, en pleno siglo xx, de sangre y de lágrimas. 11,000 niños boers mató Inglaterra por año en los campos de concentración del Transvaal: en Filipinas desataron los yankis cien arroyos de sangre; y los europeos agavillados, en una fraternidad de crimen, llevaron hace poco la guerra y pillaron á un pueblo inerme como el chino, arrasaron los templos, quemaron los manuscritos seculares de la historia de Oriente y violaron á las mujeres y degollaron á los niños y no dieron cuartel.

*Rufino Blanco Fombona* (\*)

(Cojo *Ilustrado*, Caracas, 15 de Setiembre de 1907. Del *Ensayo Crítico sobre Leopoldo Díaz*.

---

(\*) Es de los buenos escritores actuales de Venezuela.

## DOCUMENTOS DE LA PRENSA LOCAL

### Lo que debe hacerse

Cierto Ministro, de reconocida sencillez y candoridad, preguntaba á su favorito consejero, de qué medios podría valerse para adquirir renombre en su paso por el Ministerio. «Señor, le dijo el interpelado: haga Ud. lo posible por no hacer nada, y eso le basta y le sobra.» Igual cosa podría decirse á los políticos centroamericanos: la unión de Centro América es un hecho inevitable y urgente, el modo de conseguirla en breve plazo, es no haciendo nada por ella: los pactos de la República Mayor, de Corinto, de Amapala, del Marblehead, (\*) los tratados, son las fuentes de disociación y discordia: disminuir pactos y tratados, y aumentar escuelas y mejorar caminos. Enseñar los beneficios de la paz y el trabajo, no en amables teorías, sino en provechosa práctica. Hagamos cuanto esté á nuestro alcance, porque esto se realice en las distintas secciones de la América Central, y eso basta y sobra.

(*El Foro*, 15 de setiembre de 1907.)

---

(\*) Convenios de paz de una inestabilidad irrisoria celebrados durante los últimos años entre estos paisecitos de Centro América).



Este es uno de los lápices que vende la

## SOCIEDAD LIBRERA DE COSTA RICA

==== FONT Y C.<sup>IA</sup> ====

Esta casa, para mayor comodidad de su clientela, interinamente, mientras le desocupan el local donde está la librería de Lines, se ha trasladado al local que ocupó el señor Blanco, frente á frente de la librería de Lehmann.